

LAS CARAS

Libreme quien pueda de meterme en disquisiciones científicas, que es como suelen llamar á las suyas muchos antropólogos de guardarropía.

Yo á mi experiencia me atengo, y la verdad es que hay caras que de balde lo son.

Hay días terribles, nefastos, de esos en que sólo tropieza uno con cariatides, caretas y mascarones animados al soplo de la vida, y cuando estos ejemplares dan en ser femeninos, es cosa de darse de bruces con un guardacantón, ó de mirarse uno al espejo para consolarse.

Soy de los que creen que la cara no es, ha sido, ni será espejo de nada; pero sí algo parecido á la imagen que produciría una hojadelata ante la que presentáramos nuestra vera efigie. Vamos, que los rasgos anímicos, ó «amílicos», como dice una profesora de acordeón muy ilustrada, se reflejan sobre el semblante y en un especie de bofetada espiritual dejan indelebles al exterior los rasgos ó rasgueos del carácter del sujeto de quien se trata, ó con el que no quisiéramos tratarnos.

Ayer se me dieron malas, incluso la de una peseta que no hay quien la pase por su mala cara y peores hechos, y en toda la noche he podido pegar los ojos.

Basta para que formen ustedes una idea (que no será mala, de seguro), de lo que yo pasé ese día, conque les indique lo que me ocurrió en las primeras horas de la mañana.

Cuando estaban al caer las ocho, cayó sobre mí un antiguo revendedor de billetes del teatro, que ahora se dedica á acular pipas y á escribir para afuera.



En su cara llevaba pintada de un modo exagerado—aquí de mi teoría hojalatera—todas las succiones, todas las vigilijs de sus terribles oficios actuales.

Venía ó iba, que para el caso es igual, con la pretensión de leerme un dramita en dos actos que tiene concluido; pero yo, pretextando urgentes ocupaciones, porque adiviné desde luego en un semblante que aquello debía ser muy triste, le dejé en «un gabinete decentemente amueblado».

Y no lo digo por el de mi casa, sino que le dejé al empezar la primera escena, con el primer verso en la boca.

A todo correr acudí á felicitar á un antiguo amigo, de quien de madrugada supe que había puesto casa de banca.

No hice más que entrar y mirarle al rostro.



Aquel no era mi Juan, me lo habían traducido; ni mi ex camarada, porque tenía cara de muy pocos amigos, y yo no figuraba en la lista...

Salgo sin saludarle, cada vez más de prisita con una cara de diez mil recaudadores de contribuciones; pero al volver una esquina me tropiezo con un bulto y me doy de manos

á boca y qué boca!, con un sujeto, vecino al parecer, porque iba muy de vecindad, y que



me impreca. Voy á contestarle, le miro á la cara y voy y me marcho.

Después he sabido que era un portero de las inmediaciones que iba en busca de unos niños que se llevaban distraídos el cojedor de su señora, y los cuales «no fueron habidos» por haberme yo dado de cara con el picaro del hombre enmalcarado.

Todo aquel día ya se me dió de cara y decidí refugiarme en casa y mandar poner los espejos de espaldas.

Y cuando me creía más seguro, un sujeto,



aldeano sencillo, de buenas facciones, de excelente cara, se me presentó reclamándome á su prima Pencha, que resultó ser mi criada y exigiéndome la inmediata liquidación de los haberes devengados.

Y si me descuido me da con una varita de Fresno que llevaba para casos de resistencia pasiva.

Ya no puede uno fiarse ni aun de las buenas caras.

En todo hay viles falsificadores.

Pedro G. Soriano.

CURIOSIDADES

LO QUE GANA UN HOMBRE

Son verdaderamente curiosos los datos que publica un periódico de Berlín acerca de las fortunas actuales y de lo que puede ganar un hombre.

Firma el artículo el profesor Bergratch-Hanfeil y dice entre otras cosas, las siguientes:

El hombre durante toda su vida, salvo circunstancias exteriores del azar, trabajando únicamente de un modo honrado, tan sólo puede ahorrar (reduciremos sus cifras á pesetas, para mejor comprensión) unas 1.800 pesetas al año, ó sean 360 duros como *máximun*.

El *mínimun* no es ya el *cero*, es una cantidad negativa que se aproxima mucho á la citada, y claro es, que quedando exceptuados de estos cálculos, los pródigos, los viciosos, los despilfarradores y dilapidadores de su peculio, etc.

La fortuna más grande que existe en el mundo no es la de Rostchild como algunos creen, sino que ésta es la tercera.

La primera es la de David Hamulson, de Pensilvania; sigue luego la del llamado Rey del Petróleo, después la del baron Gustavo Rostchild y luego la de Stein, especie de *petit sucrier* que acaba de sumar á su fortuna una herencia de unos 12 millones de francos.

Como hace observar el doctor profesor, éstos caudales no es que los hayan ganado sus actuales poseedores, sino que han ido formándose por una serie de fortunas que se han reunido por el azar en una misma persona.

Hamulson disfruta, sumadas todas sus explotaciones y negocios, una renta que *horroriza*, por decirlo así: 1.036.800 duros al día, que es lo que se puede calcular que entra diariamente en sus cajas.

Es decir que gana, *cada hora* 43.200 duros; 720 en cada minuto y cada vez que el reloj bate un segundo, unos 12 duros.

El Rey del Petróleo se le calcula una renta de unas 45 pesetas por segundo ó sean 9 duros, y á Rostchild 5 duros, que dan al día un

ingreso en sus cajas de 432.000 duros, unos 2.160.000 francos.

Estas son las tres fortunas mayores que se conocen, y al lado de las cuales el sueldo y el patrimonio de todos los monarcas europeos es una despreciable pequenez.

Cualquiera pensaría que estas fortunas son poco menos que indestructibles, y, sin embargo, como dice muy bien el profesor, en un solo día, una operación de banca, un empréstito fallido, un acontecimiento inesperado cualquiera, puede hacer pasar estas fortunas á otras manos ó disgregarlas en infinitas partes para repartirlas á millares de familias que serían felices.

La verdad es que ante tamañas cifras no se puede por menos de pensar en el adagio de que «unos tanto y otros tan poco» y desear que esos rios de oro se desborden lo mismo que pudiera desearlo un socialista.

Ptolomeo.

DESPUÉS DEL BAILE

¡Noche, noche feliz!... ¿Cómo olvidarte,
Si aún en mi corazón tu eco resuena,
Y siento al recordarte
Un placer celestial que me enajena?
¡Noche, noche feliz la de aquel día
En que mi alma, dormida ó trastornada,
Despertó del letargo en que yacía,
Al escuchar la dulce melodía
De música de amor nunca escuchada!
Jamás podré olvidarme, aunque quisiera,
De aquella noche de feliz memoria,
En que por vez primera
Sentí de una pasión el loco anhelo,
Ni de su grata historia,
Que comenzó en un vals, ¡y bien podría
Terminar en el cielo,
Ó más allá del cielo todavía!

Describir el salón sería empresa
Superior á las fuerzas de un celoso,
Porque todo causaba la sorpresa
De lo maravilloso.
Gasas, espejos, luces, resplandores,
Armonías, esencias y colores;
Lindas mujeres de turgente seno,
De busto escultural, rumor profundo...
En fin, el salón lleno
De todo cuanto hermoso encierra el mundo.

Sólo faltaba ella..., la que inspira
Los tranquilos acordes de mi lira,
La que ostenta en su boca perfumada,
Un tesoro de perlas y corales;
La que lleva en sus ojos retratada
La promesa de amores celestiales;
La que da con su aliento
Vida á las flores y perfume al viento;
La bella entre las bellas,
La que es causa feliz de mi desvelo;
¡La que tiene por ojos dos estrellas
Que prestan brillo al sol y luz al cielo!
Pero al fin colmó el cielo mi ventura,
Y aquella deliciosa criatura,
Admirable, ideal, encantadora,
Ponetró en el salón deslumbradora,
Esparciendo destellos de hermosura.
Al verla entrar allí, corrí á su lado,
Y, absorto, al contemplar aquel divino
Ejemplar á la tierra transportado,
Estrechando su talle modelado,
El vals nos arrastró hacia el torbellino,
Su hermosura ideal, indescriptible,
Su aspecto vaporoso,
Su semblante risueño y apacible,
Los giros de aquel vals vertiginoso,
Los extraños vapores
De que estaba la atmósfera impregnada,
La diáfana mirada
De aquellos ojos garzos seductores,
La música, el ambiente, mi extravío,
Su sin par gentileza,
Su aliento confundido con el mío...
¡En aquel grato instante de mi vida
Hubiera yo perdido la cabeza
A no haberla tenido ya perdida!

¡Dormir! ¿Y quién dormirá? Vano empeño
Cuando el amor trastorna los sentidos;
Porque el amor y el sueño
No consiguieron nunca verse unidos.

¡Hermoso amanecer! La luz primera
A su antojo el espacio recorriendo;
El sol, que comenzaba su carrera;
Sus vivos resplandores esparciendo
Por el cóncavo inmenso del vacío;
Las aves sacudiendo su plumaje
Y entonando su eterno ¡pió! ¡pió!
La brisa murmurando entre el ramaje;
Embelesado el hombre
Ante el cuadro grandioso que veía;
En el cielo la luz del nuevo día,
En mis labios un nombre...

Manuel Soriano.



UNA GRIEGA